

"Por la destrucción de la narrativa sionista y la elaboración de un relato judío alternativo": Laurent Cohen Medina: Copresident de Junts Associacio Catalana de Jueus i Palestins

En este artículo revisitamos algunos de los mitos "históricos" que subyacen a la construcción del edificio del Estado sionista, para crear otra narrativa, indispensable para la descolonización de Palestina.

Judaísmo y Sionismo

Empecemos por el carácter subjetivo de lo "judío", en la ausencia de una definición que concuerde con la realidad, múltiple y diversa de las personas judías o de ascendencia judía si la comparamos con la definición ortodoxa en vigor hoy en día en el Estado israelí: "persona de madre judía" o "habiéndose convertido al judaísmo". Sin embargo, lo que nos interesa es diferenciar el judaísmo y el sionismo, dos conceptos contrapuestos, pero que con el tiempo se han visto mezclados y confundidos, sin duda malintencionadamente.

En el primer caso se trata de una religión milenaria que, según las épocas y la geografía ha presentado diferentes formas o corrientes. El sionismo, sin embargo, es una doctrina política nacionalista nacida en Europa a finales del siglo XIX, cuyo proyecto es el establecimiento de un Estado nación europeo "judío" en el corazón del mundo árabe con el beneplácito y apoyo de las potencias coloniales del momento, Inglaterra y Francia, y que constituye el fundamento ideológico del estado y la sociedad israelí. Cabe introducir una tercera idea, más subjetiva, la judeidad que sería el sentimiento de pertenencia a una historia, una tradición o una historia familiar no necesariamente vinculada a la religión.

Se puede diferenciar el judaísmo de los tiempos míticos, narrado en el Antiguo Testamento, hasta la destrucción del segundo templo (70 d. C), ya histórica, con la desaparición de la casta sacerdotal y el establecimiento del judaísmo rabínico, que es la forma que adopta a partir de entonces. La vida judía tiene lugar en la familia, donde se aplican los preceptos relativos a la Kashrut –la alimentación- y en las sinagogas, bajo la guía de rabinos, que son hombres del común, padres de familia, siguiendo el ritmo de las fiestas. Se venera un Dios único todo poderoso y se estudian los comentarios de la Torá, el libro sagrado, que son el Talmud donde se recopilan los diálogos de celebres rabinos entorno a las leyes y a la doctrina (200-600 d. C.).

No podemos entrar en detalle de lo que es el judaísmo, pero si insistir en su diversidad histórica y geográfica, y en sus posibles interpretaciones. Existen comunidades Haredim, o ultraortodoxos que viven su fe de una manera muy diferente, donde importa la mística, bajo la autoridad de su rebbe o rabino, y comunidades del judaísmo reformado en Estados Unidos, para quienes creer en Dios no es una obligación y que insisten en la ética, una corriente no reconocida en Israel. Hay una corriente mayoritaria, más bien conservadora, y otras más liberales o proféticas, y ritos diferentes según se traten de sinagogas de rito askenazi, sefardí u oriental.

Breve historia del judaísmo

El judaísmo es en su origen una religión, un monoteísmo nacido en el Mashrek (Levante), que luego dio lugar al cristianismo y al islam. El judaísmo “migró” nos cuenta el relato, de Mesopotamia a Palestina, a Egipto y Palestina. Y luego se extendió por el mundo griego y romano, por toda la cuenca mediterránea, constituyendo un conjunto de comunidades religiosas vinculadas a la Tora, el libro sagrado. Por ello, se debería hablar en plural de “pueblos judíos” y no de un pueblo judío, menos aún de una nación, concepto anacrónico nacido en siglo XIX en Europa.

Hay dos grandes familias geográficas del judaísmo, la sefardí (ligada a la península ibérica, y también al mundo árabe) y la askenazi (Europa occidental y oriental). La relación del judaísmo con los dos otros monoteísmos, cristianismo e islam, es fundamental para entender el destino de los judíos en estos dos mundos.

En el primer caso dice el historiador Shlomo Sand en “¿Quién inventó el pueblo judío?”, la relación es competitiva, hasta que el cristianismo se impone en el concilio de Nicea (325 d. C), momento a partir del cual el judaísmo será perseguido. Constantino prohíbe los matrimonios mixtos o la conversión de un cristiano al judaísmo. Se forja la idea del pueblo deicida (“mataron a Cristo”) y del judío errante, condenado por su rechazo a adoptar la nueva enseñanza. A falta de nuevos adeptos, el judaísmo en tierras cristianas se cierra sobre sí mismo, reforzando la idea de que los judíos de hoy son los descendientes biológicos de los hebreos de ayer, idea central para el sionismo. Sin embargo, científicamente eso es imposible: los millones de judíos del este de Europa no pueden sino ser el fruto de conversiones, como el caso del mítico rey de los kazares de Crimea.

El exilio es el otro tema fundamental para justificar el sionismo. El relato bíblico dice que después de una serie de revueltas de los judíos tradicionalistas por defender su religión contra Roma, ésta aplasta la rebelión, destruye el templo de Jerusalén y se lleva al pueblo judío en el exilio.

Shlomo Sand en “*Quién inventó el pueblo judío*” y otros historiadores lo ponen en duda. Los romanos solían masacrar a sus enemigos y/o esclavizarlos. Puede que se llevaran algunas familias o dirigentes rebeldes a Roma, pero lo más probable, es que los campesinos y pastores permanecieran allí y que unos siglos más tarde, se convirtieran al cristianismo, y luego al Islam (a partir de 622 d. C.) El propio Ben-Gurión admitió que era probable que los palestinos de hoy fueran los descendientes de los hebreos. Pero entonces, si no hubo exilio, no se justifica el derecho al “retorno”, piedra angular del relato sionista. Para la corriente profética, el exilio es en realidad metafísico, el exilio de la divinidad, castigo debido a que los judíos han transgredido los mandamientos.

Por supuesto, la biblia no es un libro de historia, sino un libro de historias humanas, con el valor que se le quiera atribuir, pero que el fundador del Estado de Israel, David Ben Gurión ateo declarado, utilizó para reforzar el proyecto nacional, instituyendo clases de biblia (Tanach). Shlomo Sand, en “¿Quién inventó la Tierra de Israel?” dice que lo que se enseña en las escuelas israelíes hoy, es el relato bíblico, sin la interpretación talmúdica, como si de un libro de historia se tratara.

El sionismo y sus oposiciones judías

Hay que situar el sionismo en el contexto de su época, el final de siglo XIX, pero no sin antes mencionar cierta corriente del protestantismo anglosajón activa desde el siglo XVII que, basada en el Libro del Apocalipsis, pretende juntar los judíos en tierra santa para acelerar la venida del segundo mesías y del apocalipsis. Algunos poderosos británicos adeptos de esta corriente apoyaron al sionismo. Y parte de los votantes de Donald Trump lo siguen siendo.

Theodor Herzl, un periodista vienés, judío asimilado, cubre el “affaire Dreyfus” en París (1894-1906), en el que se acusa a un militar judío francés de traicionar a su patria y colaborar con el enemigo. El juicio dura diez años, divide Francia en dos bandos y aunque al final se impone la visión republicana ante la reaccionaria, Herzl interpreta que los judíos jamás llegarán a lo más alto en el seno de las sociedades europeas, que no hacen parte del cuerpo de la nación, y que por lo tanto han de tener su propio “Estado nación judío” (salvo que jamás fueron una nación). Paradójicamente, ésta es también la interpretación de los reaccionarios antisemitas de derecha, es decir que el sionismo adopta desde sus principios el relato antisemita europeo y no dejará de hacerlo, allí comienza su afinidad con la extrema derecha.

Pero esencialmente, el sionismo es un nacionalismo inspirado por los nacionalismos del Este europeo que se liberan del yugo de los Imperios austrohúngaros y ruso y también el alemán, un nacionalismo tribal, romántico basado en “la sangre y el suelo”.

A la pregunta de donde crear el nuevo Estado, rápidamente se decide que será en Palestina, la “tierra santa” de los cristianos, pues tanto Francia como el Imperio británico quieren tomar posesión de Oriente Medio y hacerse con sus recursos. En 1916 Inglaterra, Francia y Rusia firman el acuerdo secreto Sykes-Picot con esta intención). Para ello los británicos prometen la libertad a los árabes y un gran reino a cambio de su ayuda contra los otomanos (Mac Mahon), y paralelamente, con la declaración Balfour (1917), prometen crear un “hogar” judío en Palestina. El conflicto está servido.

Los dirigentes sionistas entienden que su sueño solo se realizará si se ponen al servicio de los designios de una gran potencia y crean “un baluarte occidental contra la barbarie oriental”, según las palabras de Herzl. Curiosamente, en una época en que el antisemitismo describe al judío como un oriental despreciable, el sionismo suscribe al tópico y proyecta crear un Estado europeo en el corazón del mundo árabe, dando la espalda a siglos de historia judía para crear un “hombre nuevo” dotado de las supuestas cualidades occidentales: la fuerza física y la determinación política sin excluir la violencia, lo opuesto a la resignación de la religión.

El sionismo es un proyecto colonial de asentamiento, como Estados Unidos o Canada, en el que un estado occidental pretende conquistar un territorio ajeno, vaciarlo de su población indígena, someterla, pero en este caso los pobladores no son ingleses o escoceses, sino judíos del este de Europa, principalmente sujetos del Imperio ruso.

En realidad, aunque el sionismo se quiera justificar como una reacción al antisemitismo, en particular a los pogromos de Ucrania, su única solución es el “retorno” a Palestina, solución que los religiosos no pueden aceptar de ninguna manera, pues contradice la promesa hecha a Dios de no volver como “pueblo” a Jerusalén antes de la venida del mesías, que ocurrirá cuando Dios, y solo él, lo decida. Para las autoridades religiosas, el abandono de la religión y de la tradición es considerado como el peor de los crímenes con terribles consecuencias.

Hace tiempo sin embargo que parte de las poblaciones judías han abandonado la religión. Es más en Alemania, desde el siglo XVIII la *haskala*, un movimiento modernizador se esfuerza por racionalizar las creencias, revitalizar el hebreo y sacar las masas del este de su tradicionalismo místico. Por otra parte, la revolución industrial en la llamada zona de exclusión del Imperio ruso (Polonia, Ucrania, Lituania, Bielorrusia) ha creado las condiciones entre la población judía urbana para una toma de consciencia de su realidad social, y muchos son los que se implican en el movimiento obrero hasta la revolución bolchevique y crean un partido socialista judío, el “Bund” que reclama una autonomía cultural, y no territorial, para las poblaciones judías del “*yiddishland*”. El Bund entiende muy rápidamente que los sionistas no solo no están interesados en mejorar la situación social y política de las masas judías, sino que incluso están dispuestos a negociar con el enemigo para conseguir sus fines, es decir con el régimen tsarista, e incluso más tarde con los nazis, con el acuerdo comercial vergonzoso llamado “*Ha ‘Avara*” que permitió a judíos alemanes ricos sacar parte de su capital comprando bienes alemanes, que luego se venderían al mundo desde Palestina (1933-39).

El eslogan del Bund es “*doi’kayt*”, es decir “luchar donde uno está”, junto con los demás trabajadores para la emancipación de todo el género humano bajo la bandera del socialismo, no únicamente para los judíos. El Bund como los otros componentes del movimiento obrero se opone al sionismo que considera un movimiento burgués.

Además de la oposición al sionismo de los religiosos y de la izquierda revolucionaria, en el mismo seno de la burguesía judía occidental también la hay. Ejemplo de ello, Montagu, el único ministro judío del gabinete Balfour, se opone a la aprobación de dicha declaración pues interpreta que si existe un “Estado” o un país para los judíos, pronto los antisemitas pedirán que los ciudadanos judíos europeos sean expulsados hacia el nuevo estado, y se planteará la cuestión de su fidelidad a su patria de origen. Después de siglos de discriminación y persecuciones, sería terrible que se vieran abocados a semejante disyuntiva.

Solo el nazismo y el genocidio nazi que eliminó la mayor parte de la población judía del Este de Europa (6 millones), dieron a los ojos del mundo la legitimidad para la creación del Estado sionista -que no judío- de Israel, basado en un plan de partición de Palestina injusto (1947). Y si es cierto que hasta ese momento el partido religioso *Hagudat Israel* había resistido la idea de la creación del Estado, ahora lo reconoce a cambio de concesiones sobre el estado civil y el día de *Sabbat*, así como la exoneración del servicio militar para los ortodoxos y la financiación de sus escuelas. Sólo un puñado de *Haredim* como los *Satmar* o *Neturei Karta* siguen sin reconocer al Estado.

Desde entonces, la gran mayoría de las comunidades judías han adoptado el ideario sionista, y se diría que el culto moderno al Estado ha sustituido al culto a Dios y ha simplificado la vida del creyente: en lugar de los 613 mandamientos, basta con apoyar al nuevo Estado.

Aunque, sobre todo desde el 7 de octubre, el antisionismo o por lo menos la crítica a Israel por el genocidio en curso, está creciendo entre los judíos, sobre todo en EEUU.

¿Los otros judíos? Los Mizrahim o judíos árabes

El Estado sionista es fruto de la expulsión violenta o limpieza étnica de las $\frac{3}{4}$ partes de la población palestina en 1947 a manos de las milicias paramilitares sionistas. Es la “Nakba” o catástrofe -en árabe- para los palestinos.

A partir de ese momento y de las guerras sucesivas entre Israel y sus vecinos, los judíos que habían vivido en los países árabes desde tiempos inmemoriales ven su fidelidad a su país cuestionada. ¿Serán leales a su país o abrazarán el proyecto sionista a costa de sus hermanos palestinos? Frente a la disyuntiva, mis padres dejaron Egipto, su país y emigraron a Francia donde nació.

La existencia de comunidades judías en todos los países árabes desde Marruecos hasta Irak es a menudo ignorada. Irán, que figura como el gran enemigo de Israel, sigue teniendo una comunidad judía próspera que no tiene intención de dejar el país.

En el Imperio otomano, el sistema del Millet, permitía que las comunidades pudieran gestionar sus asuntos ligados al Estado civil, y también los litigios comerciales. El sistema funcionó hasta la disrupción colonial. A partir de entonces, las potencias europeas buscaron aliados entre las elites locales para asentar su poder, primero comercial antes que político y militar. Los franceses en el Líbano se erigieron como protectores de los maronitas cristianos. En Argelia, propusieron a los judíos amazigh y árabes la ciudadanía francesa, creando así una división con sus hermanos musulmanes, porque les interesaba cultivar las relaciones con las elites mercantiles judías locales.

En Palestina, bajo el mandato otorgado por la Sociedad de Naciones después de la caída del Imperio Otomano (1920-48), Gran Bretaña tomó todas las medidas posibles para apoyar la creación de instituciones judías mientras hacía imposible la creación de las mismas por la parte palestina, apostando así por un “Estado judío”.

Si bien los judíos orientales fueron en general poco convencidos por los argumentos de Herzl, pues vivían en armonía con sus vecinos musulmanes o cristianos, sí que se dejaron seducir por la retórica civilizatoria colonial, a menudo transmitida por instituciones judías francesas, inglesas o norteamericanas que veían a sus correligionarios como atrasados y miserables a quienes había que iluminar con las luces de la modernidad. Indirectamente, las ideas sionistas, pero también socialistas y comunistas hicieron su camino en las comunidades, haciendo tambalear la religión y la tradición.

¿Por qué esta historia de un pasado que ya no existe sigue siendo importante?

Los dirigentes actuales de Israel, con Netanyahu a su cabeza, pretenden que el odio a los judíos está históricamente ligado a los árabes y musulmanes y promueven la islamofobia a ultranza, conectando así con la extrema derecha mundial. Cuando en realidad, a diferencia de lo que pasó en el mundo cristiano, el judaísmo no era competencia para el islam. Este reconoce a todos los profetas de la biblia (incluido Jesús, pero como profeta) y el propio Mahoma otorgó a los judíos y cristianos el estatuto de Dhimmi, o “gente del libro”. El judaísmo existía en la Arabia de la época donde algunas tribus eran judías. Tuvo un lugar destacado y en distintas lugares y épocas, como en al Ándalus medieval o en el Imperio otomano después de la expulsión de la península ibérica en 1492, donde floreció, con médicos, políticos o filósofos como Maimonides, nacido en Córdoba, líder religioso de la comunidad del Cairo durante treinta años, que escribió todas sus obras en árabe. En el Cairo hasta la época moderna, convivían comunidades judías yemenitas, magrebíes, sefardíes y egipcias cada una con su rito particular. Y en el mismo siglo XX, el gran rabino, el patriarca copto y el Sheikh líder de la comunidad musulmana mayoritaria bendecían juntos la crecida del Nilo que fertilizaba las tierras inundadas y los cultivos y rendían gracias a Allá (el nombre de Dios en árabe).

Después de la creación del Estado sionista las comunidades judías árabes se vieron abocadas al exilio europeo, americano o... israelí, y a veces los servicios secretos sionistas se valieron de métodos violentos para difundir el miedo y alentar a la migración a Israel (en Irak organizaron atentados en sinagogas). Entre comunidades más pobres, como en Marruecos, prometieron una vida mejor en el nuevo Estado necesitado de mano de obra barata y dócil. Para adaptarse a su nuevo entorno, los judíos árabes tuvieron que renunciar a su idioma y a su cultura para ser aceptados en la nueva sociedad, racista hacia ellos porque no eran europeos. Para Ella Shohat, estudiosa de origen iraquí, ellos son las otras víctimas del sionismo y una alianza con los palestinos hubiera representado un golpe duro para el establishment askenazí del Estado. En los años 1970, las “panteras negras” (grupo de jóvenes marroquíes inspirados por los Black Panthers) lo intentaron, así como Matzpen, “la brújula”, una organización marxista con un enfoque revolucionario conjunto entre palestinos y judíos.

Estas tentativas fueron reprimidas por el Estado. Pero hay un real interés por redescubrir las raíces culturales árabes y orientales, y cierta toma de consciencia que queda por articular en oposición política al sionismo.

Otros encontraron refugio en las comunidades religiosas, y tradicionales, y en el partido Shas (sefardí) y en el Likoud que les abrió la puerta, entendiéndolo su rechazo al establishment y al partido laborista.

Algunos apoyan la agenda política del Gran Israel y el sionismo mesiánico que conyuga nacionalismo y religión -que contradice lo dicho anteriormente sobre sionismo y judaísmo. Se trata de una corriente nacida en Estados Unidos, el Kahanismo, que cuenta dos ministros clave en el actual gobierno israelí.

Conclusión: una sociedad colonial

Lo cierto es que no existe una real oposición entre los dos sionismos, el de la variante laica y liberal (“de izquierdas”) y la mesiánica (“de derechas”), en pase de imponerse como ideología mayoritaria del Estado, en cuanto a la cuestión palestina.

Lo que cuenta para entender la situación actual en Palestina y sus implicaciones futuras, es que al ser una sociedad colonial, ningún grupo que la constituye está dispuesto a renunciar a sus privilegios de colonos para alcanzar una solución real, justa y duradera con el pueblo original de Palestina, el pueblo palestino. Que estén en la cumbre de la pirámide social (askenazí de origen europeo) o en su base (judíos árabes, orientales o etíopes), ninguno defiende una verdadera igualdad de derechos en todo el territorio de la Palestina histórica, condición indispensable para empezar a hablar de paz, después de reconocer los crímenes del genocidio, las responsabilidades civiles y militares, poner sobre la mesa los medios para la reconstrucción de Gaza, y por supuesto romper con el padrino estadounidense y de sus vasallos europeos, abriendo la puerta a una paz regional con los países vecinos. Sólo será posible con la presión internacional y a ello puede contribuir el movimiento judío antisionista.

Aunque después del genocidio parezca utópico pensar en una convivencia entre víctimas y verdugos, no hay otra solución si los habitantes judíos quieren seguir viviendo en esta tierra que de aceptar que deben compartirla en igualdad de derechos con sus vecinos palestinos, o sino exiliarse a un mundo que ha perdido cualquier simpatía hacia ellos.